

La puerta del cielo

(Cuento)



Don Lalo, su caballo y su perro murieron en un accidente. Don Lalo no lograba entender cómo podía verse tirado en la calle con sus dos animales, y en ese mismo instante, encontrarse en otro sitio. Se restregó los ojos más de una vez hasta que se dio cuenta que era verdad, que estaban bien muertos, y que a pesar de eso, era como si estuvieran vivos.

El lugar donde estaban era extraño. Sólo existía una calle solitaria, muy larga y cuesta arriba, donde el calor era insostenible. Don Lalo resolvió ponerse en marcha, y como siempre, sus dos amigos decidieron acompañarlo.

Don Lalo se empezó a preocupar. Ese lugar era horrible y el calor era insostenible. No había ni un alma ni tampoco un árbol que les diera sombra. Tenía mucha sed, y si él se sentía así, cómo se sentirían sus animales, acostumbrados a tener siempre agua fresca.

De pronto, en una curva vio un portón bellissimo, todo hecho de mármol, que conducía a una plaza hecha de oro. En el centro de la plaza había una fuente de donde brotaba agua cristalina. Había un hombre cuidando la entrada y don Lalo apresuró el paso para llegar hasta él.

Después de saludarlo y admirando todo aquello, don Lalo le preguntó dónde se encontraba, y el guarda le dijo que era

el Cielo. "¡Hemos llegado al Cielo, qué alegría!", dijo don Lalo. Y entonces le pidió permiso para tomar agua de la fuente. Su desilusión fue enorme cuando el guarda le respondió que sólo él podía entrar pues no permitían animales. Así las cosas y pese a la sed que tenía, prefirió no entrar. No iba a dejar a sus dos amigos afuera, y mucho menos con sed.

Después de andar y andar, con la sed y el cansancio multiplicados, llegó a un portón viejo medio abierto. El portón daba a un camino de tierra, con árboles en ambos lados que le hacían sombra. A la sombra de uno de los árboles, un muchacho estaba recostado, con la cabeza cubierta por un sombrero.



Después de que don Lalo saludó al muchacho, le dijo que tanto él como sus dos animales estaban con mucha sed. El muchacho, señalando el lugar, le contestó que allí había una fuente, que podían entrar y beber a voluntad. Y así lo hicieron.

Cuando iban de salida, le preguntó al muchacho dónde estaban y cómo se llamaba ese lugar. El muchacho le dijo que era el Cielo. Entonces, Lalo muy intrigado, le contó lo que le había dicho el guardián del portón de mármol. El muchacho, quitándose el sombrero, le contestó que aquel lugar no era el Cielo, que era el Infierno. "Esa información falsa debe causar grandes confusiones", le dijo don Lalo. Pero amablemente el muchacho le aclaró: "de ninguna manera. En verdad ellos nos hacen un gran favor. Porque allí quedan aquellos que son capaces de abandonar a sus mejores amigos".